

Húm. suelto, 15 cts.

Afirsado, 25 cts.

EL ARTE



TAURINO

DIRECTOR

Manuel Alamo (PACO PICA-POCO)

ADMINISTRADOR

Joaquín Gutiérrez de Valle

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA DE ESPECTÁCULOS

Reclamos y comunicados á precios convencio-
nales.—Pagos adelantados.
Véase el anuncio de la última plana.

Redacción, IMPERIAL 3

Los autores responden con su firma de sus es-
critos.—No se devuelven originales.
Toda la correspondencia al Director.



Fotografía de M. Castillo.

Fototipia de F. Saña.

EMILIO TORRES, BOMBITA

AL PÚBLICO

No existiendo en esta capital más que un artista que trabaje la fototipia, y teniendo éste otros trabajos de actualidad que hacer, nos hemos visto precisados á retardar la salida de este número, rogando nos dispensen esta falta involuntaria.

Esto, no obstante, en el presente mes publicaremos los números correspondientes para no perjudicar á nuestros abonados.

*
* * *

En nuestro próximo número verá la luz pública el retrato del simpático diestro **Francisco González (Faico)**.

BOMBITA

Colocados ya en puestos eminentes los jóvenes diestros que han venido á suceder á aquellos veteranos que en frecuentes lides probaron su valor y su destreza y buscan en el retiro del hogar descanso á sus fatigas, preciso es que otra juventud entusiasta avance en la escala progresiva del arte taurino para que éste no decaiga un solo momento y no se apaguen los entusiasmos que tanta vida dan á la afición española.

Emilio Torres, desconocido hasta hoy para la mayoría de los públicos, es una esperanza para el porvenir, pero una esperanza justa, cimentada en un entusiasmo decidido, en un valor probado ya en su corta carrera y unas disposiciones por complacer siempre que trabaja, que su voluntad sin límites le hace incansable en la brega y no hay suerte que él conozca que no la lleve á cabo con unos deseos y una decisión que suplen con creces su falta de práctica y los conocimientos que prestan los años y las corridas.

Difícil hubiera sido para nosotros juzgar á un joven de tan corta carrera de lidiador, pues ni aun le conocíamos personalmente; pero una casualidad vino á ofrecernos en el pasado mes de Agosto propicia ocasión de tratarle de cerca y cambiar con él algunas palabras que sirvieron como de sonda para explorar sus pensamientos y el poco ó mucho entusiasmo que le guiara al ingresar en las filas del ejército taumático.

*
* * *

La bahía de Cádiz presentaba un aspecto sorprendente; el mar se mecía con tranquila majestad, convidando á dar un paseo por el brillante cristal de sus olas, como así lo hicimos gracias á la amabilidad del Excmo. Sr. D. Pedro Manjón, empresario de la plaza de Cádiz en las corridas de los días 14 y 15 de dicho mes, cuyo señor nos invitó á embarcarnos en cómoda falúa juntamente con el espada Bombita, los individuos de la cuadrilla y varios amigos.

Y ¡á ver la escuadra!—dijimos todos espontáneamente—pues en la bahía se hallaba anclada aquélla de regreso de las fiestas del día 3 en Huelva.—La embarcación puso proa hacia el más próximo de los acorazados—norte-americano por más cierto—y la alegría de todos fué grande, recayendo la conversación en el tema obligado de siempre: la cuestión taurina.

Se habló bastante, se contaron alegres y verídicas anécdotas referentes á lidias de toros, y nosotros obligamos, si así puede decirse, al joven Bombita para que nos hiciera relación de su corta historia torera.

Con afable carácter y con lenguaje ameno y franco empezó diciéndonos que su vida de lidiador cabía muy bien en la pequeña barca que nos llevaba. Que nació en humilde cuna en el pequeño pueblo de Tomares, poco distante de Sevilla, el

28 de Noviembre de 1874, contando, pues, diez y ocho años de edad.

Las vacas de cuerda que suelen correrse con alguna frecuencia por las calles y plaza del cercano y pintoresco pueblecito de Castilleja de la Cuesta le aficionaron desde muy niño á ser torero y más de una vez recogió con su cuerpo la arena del camino al ser derribado por la res, con la cual quería ensayar las suertes que él había visto ejecutar á toreros de profesión en la plaza de Sevilla.

Así pasó los primeros años de su aprendizaje, hasta que fué adquiriendo cuerpo y conocimientos para lanzarse decididamente en tan arriesgada carrera.

Al par que se desarrollaba su afición, iba haciéndose conocer entre los aficionados que pululan por los pueblos en busca de capeas y tentaderos, demostrado sus relevantes cualidades y granjeándose el aprecio de sus compañeros de fatiga por su trato afable y su desinterés sin límites.

Grandes afanes sentía Bombita por llegar alguna vez á matar un novillo, viéndose satisfecho su primer deseo en Gaucín el año pasado, donde consiguió estoquear una res con tanta aceptación que los que presenciaban la fiesta le auguraron un porvenir seguro por sus maneras de torear y valentía al arrancarse, cualidades que demostró en Ubrique matando un toro en cada una de las tres tardes en que hubo corridas en dicha villa, saliendo el público satisfecho en todas del trabajo del joven y valiente espada, que con tan buenos auspicios empezaba su carrera.

Aunque Emilio ya había probado el empuje de las astas de un toro de Saltillo que se encontraba escapado del redil en los campos de Itálica Isabelina; sin embargo, su bautizo de sangre lo recibió en el corriente año el día de la Ascensión, toreando como espada en la plaza de Sanlúcar la Mayor en compañía del diestro «Maera»; pues queriendo ejecutar con un toro el salto del testuz, suerte arriesgadísima y que con tanta perfección la hacía su paisano el célebre cuanto malogrado espada Negrón, tuvo tan mala fortuna, que fué arrojado con violencia, causándose al caer una ancha herida en la cabeza que pudo tener consecuencias fatales.

Este contratiempo no amenguó en lo más mínimo su decidido empeño ni su valor ya probado, pasando á la ciudad de Nimes, donde toreó con el valiente y aventajado diestro Faico varias corridas, alcanzando los aplausos del público francés que tanta predilección viene demostrando hace algunos años por nuestro espectáculo nacional.

Falta le hacía á nuestro biografiado darse á conocer en otras esferas donde desarrollar en algo sus fundadas aspiraciones, y á trabajar en Sevilla dedicó todos sus afanes, lográndolo el día 25 de Julio en una corrida mixta en que estaban anunciados el matador de toros Minuto para lidiar las cuatro primeras reses y el entonces novillero Quinto para las dos últimas, mas por arreglo especial con la Empresa, se fijó oportunamente un anuncio diciendo que Emilio Torres (Bombita) tomaría parte en dicho espectáculo.

Para probar la aceptación que tuvo su trabajo y lo bien que fué acogido por el público sevillano, tan entusiasta siempre de los toreros valientes, diremos que volvió á tomar parte en otras corridas, granjeándose en poco tiempo las simpatías de la afición, que no le escaseó sus entusiastas aplausos.

En las corridas celebradas en Cádiz en los días 14 y 15 de Agosto, de las que anteriormente hicimos referencia, trabajó con tanta aceptación y agradó sobremanera su valentía y manera especial de bregar con las reses, que las dos tardes fueron para el novel espada dos verdaderos triunfos que jamás olvidará en su carrera de lidiador.

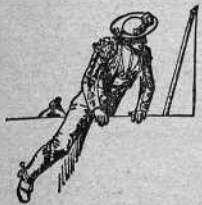
Cualquiera podrá tacharnos de sobra de apasionamientos, al juzgarle; mas por si acaso, insertamos para terminar la frase que del diestro Bombita hace un periódico onubense, que como todos los de esa capital, están tachados por la afición sevillana de faltos de imparcialidad cuando se trata de un diestro que trabaja con su paisano el Litri y que nosotros lo achacamos á sobra de entusiasmo: «El Bombita en la corrida pasada traía la mecha puesta, pero en ésta la traía encendida.»

M. ALAMO ALONSO.



TEMERIDAD Y PUNDONOR

ASTUCIA



Amigo Alamo: Al recibir el 2.º número de su precioso semanario y después de enterarme del contenido del papelito incluido *ad hoc*, como tengo por costumbre siempre que se trata de servir y complacer á personas queridas y de la valía de usted, cogí, sin pestañear, los «trastos manuscritores» y comencé á emborronar la anécdota contada á continuación.

Al remitírsela, para su inserción en el periódico tan magistralmente creado por usted, no está en mi ánimo echármelas de ingenioso, ni mucho menos; se la envió con el exclusivo objeto de que los lectores de EL ARTE TAURINO conozcan uno de tantos casos muy frecuentes entre los aficionados principiantes, con vistas á diestros, faltos casi siempre de recursos y protección, rebotando por doquier voluntad y sangre torera.

La anécdota que vamos á referir, por ser rigurosamente histórica y dar pruebas en ella el protagonista de extraordinaria temeridad, astucia y pundonor, esperamos la leerán con gusto los aficionados, apesar de mi deficiente modo de describirla.

Antes de «entrar en materia», conviene apuntar, que el héroe de esta historieta se llamaba Miguel Rivadeneyra (Vermell)—muchacho de rudo carácter, si bien de una honradez intachable y chistoso por demás—quier algunos años después fué uno de los mejores picadores catalanes, y que á no haber sido alevosamente asesinado en América cuando estaba él en el período más álgido de su apogeo, habría llegado á igualarse con los mejores varilargueros de su época (apesar de haberlos por aquel entonces muy superiores), pues tenía sobra de vocación, era un habilísimo gineete y estaba dotado de una fuerza física nada común.

*
* *

El caso que refiero ocurrió el año 1864, y en los días durante los cuales se celebran anualmente en la villa de Olot las ferias y fiestas en honor de su patrona la virgen del Tura.

El empresario de aquella plaza vino á Barcelona un par de semanas antes de la citada fiesta, para contratar la cuadrilla de principiantes que entonces dirigía el conocido banderillero Ranera, y de la que formaba parte Vermell. Dicho señor, al hacer el contrato, estipuló en uno de los artículos, que no quería de ningún modo que subiera á torear el referido muchacho, porque el año anterior había promovido varios altercados con el

público y la empresa, atreviéndose hasta con la mismísima autoridad *alcaldesca*.

Esta cláusula del contrato llegó á oídos de Miguel, y como lo prohibido es casi siempre doblemente deseado, entonces fué cuando él sintió verdadera comezón para ir á dicho pueblo, dándose palabra á sí propio de torear en Olot, con ó sin auencia de los empresarios y autoridades.

—¿Qué puede sucederme?—se preguntó á sí mismo—¿que me lleven á la cárcel? Pues ya cuidarán ellos de sacarme, y como no me habrán «enchiquerado» por ninguna mala acción, no me pesará ni nadie podrá echármelo en cara.

Llegado que fué el día de la marcha, la cuadrilla de Ranera se acomodó como pudo en los asientos de un *toril* (léase coche) de 3.º, sin acordarse ni poco ni mucho de su compañero; pero cátrate, que momentos antes de partir el tren, se abrió la portezuela y entró Rivadeneyra, solicitando acto seguido de sus amigos, un sitio debajo de uno de los bancos, interín el revisor de billetes hiciera la visita de cajón, porque nuestro hombre, según confesó ingenuamente luégo, 1.º tenía ni siquiera un ochavo partido en dos.

Pasado que hubo el *tio* taladrador de las cartulinas y, por tanto, el peligro de que le dejaran en cualquier estación, salió Vermell de su improvisado escondite más alegre que unas castañuelas, siendo la delicia de sus compinches y demás viajeros, con las canciones, bailoteos y oportunas ocurrencias.

Mas faltaba todavía que vencer un obstáculo mayor, tenía que pasar un apuro difícil de solventar.

En Gerona tenía que dejar el tren y subir en un coche-diligencia que recorría el trayecto que media entre la inmortal ciudad y Olot, carruaje que es independiente de la Empresa ferroviaria.

Miguel no se amedrantó por esto. Al parar el tren, apeóse y saltó la tapia de la estación. Luégo se fué derecho al encargado de los coches, exponiéndole sin embajes ni rodeos su crítica situación, y prometiéndole pagar á la vuelta, si, como esperaba, hacía algún dinero. El encargado accedió gustoso á la demanda del muchacho.

Una vez en Olot, se instaló en la fonda con sus compañeros, consiguiendo que entre todos le pagaran la manutención, caso de salir fallidos sus planes.

Llegó, *por fin*, el anhelado día.

Lidióse el primer bicho sin que ocurriera incidente alguno digno de mención, mientras Miguel permanecía en el callejón al cuidado de los capotes, muletas y demás enseres propios de estos espectáculos.

Pero al salir el segundo bicho, bien armado, de romana, muchos piés y bravo como un jabato, Vermell, nuestro héroe, sin permiso de la autoridad ni de nadie, saltó al ruedo, púsose en los medios alegrando á la fiera, á la que en menos que se cuenta, quebró á cuerpo limpio repetidas veces con arte y elegancia, escuchando una estrepitosa

ovación tributada por todos los espectadores, quienes no sabían qué admirar más, la destreza ó temeridad del bravo catalán.

Alentado por el éxito, quebró de nuevo á la res, sujetándola una de las veces por el rabo y el asta derecha, ejecutando un coleo admirable, quedándose al remate á dos palmos de la fiera.

Después, no satisfecho todavía, y queriendo extralimitarse del todo, con un valor increíble y aprovechando el natural cansancio del toro, lo mancornó, y haciendo titánicos esfuerzos, consiguió llevarlo frente al palco presidencial, en cuyo sitio lo derribó al suelo.

El público, que atónito miraba aquel prodigio de valor, aquel alarde de habilidad, prorrumpió en una tempestad de aplausos. ¡vivas! y ¡bravos!, obsequiando al arrojado joven con una verdadera lluvia de cigarros, sombreros, dinero, etc., etc. Hasta los demás toreros, verdaderamente asombrados, palmorearon á su compañero con entusiasmo.

Miguel pasó el «guante», recogiendo más de 25 duros.

Terminada la corrida, el empresario, el que le odiaba y prohibió que Vermell subiera á torear, le felicitó, contratándolo para las dos novilladas restantes, haciéndose pagar el chico triple de lo que había ganado en años anteriores.

Para terminar el relato, hemos de decir á fuer de verídicos y en honor á la intachable honradez de Rivadeneyra, que satisfizo el importe de los viajes de ida y vuelta al de los coches-diligencias; y para que vean nuestros lectores aún más palpablemente lo excéntrico que era dicho muchacho, contaremos los que hizo al llegar á la estación de Barcelona.

Buscó al jefe, preguntándole:

—¿Cuánto cuesta el viaje de aquí á Gerona?

—¡anto—contestóle admirado dicho señor.

—Pues tome usted; aquí va el importe.

—¿Pero por qué me da usted esto?—replicó el jefe todavía más sorprendido.

—Porque yo, hace unos días, fuí á Gerona sin pagar, escondido debajo de los asientos, pues carecía de medios mejores; mas ahora tengo dinero, como lo debo lo pago, no quiero que ninguna persona diga que el Vermell deba nada á nadie.

Creo que este rasgo pinta sobradamente su carácter.

*
*
*

Nuestro paisano, pues, logró censurar su plan, consiguiendo torear en Olot, apesar de la tenaz oposición de la Empresa y autoridades.

Así comenzó el que más tarde, trocando los papeles, fué un superior varilarguero.

Esta hazaña, tan felizmente realizada por Miguel, prueba de un modo evidente, que el principiante tiene de apurar el ingenio, sacrificarse, pasar *ducas* y contrariedades, despreciando en absoluto su existencia á cada paso, y estar siempre á lo que salta, para aprovechar la primera

ocasión y con sus temeridades más ó menos artísticas, hacer, y hasta si se quiere obligar, que lo contraten los que poco antes ni menos se acordaban de él.

Y todo el que empieza sin apretar de firme, sin sobresalir mucho, no medra nunca y se encuentra en el ocaso de sus facultades con las mangas raídas y los pantalones zurcidos y sin haber podido reunir ni media docena de *perros chicos*.

Fíjense los neófitos en la anécdota referida, pues el rasgo de valor llevado á cabo por Vermell es de los que conocemos efectuados por principiantes.

El altamente bello, grande y digno de la admiración más entusiasta, ver á un jovenzuelo herido en su amor propio, falto de recursos y de protección, que por ganar unos cuantos reales de vellón y oír alguas palmadas, confiando únicamente en sus escasos conocimientos, juega el todo por el todo, desprecia su vida, saltando á la arena del circo, se sitúa en los medios, desafiando al fiero cornúpeto repetidas veces, al que espera y burla con pasmosa habilidad y sangre fría, hasta conseguir quebrantarle sus inmensas facultades y concluyendo por dominarlo y tumbarlo al suelo, como si la indómita fiera fuese un inofensivo ternerillo.

Nó. no es posible que ningún otro espectáculo pueda ofrecer un cuadro tan lleno de vida ni de tanta grandeza.

Sólo en nuestra fiesta favorita, tan hermosa y espléndida como vanamente criticada por *cua-tro* «extrangis» y algunos españoles pusilánimes, cabe un hecho de la magnitud del que hemos descrito.

VERDUGUILLO.

En Barcelona y en el 1892.

¡VAYA UNA SEGURIDAD!

CUENTO POPULAR

Dificultando la entrada de un estrecho callejón, tenían atravesada una carreta, cargada de un buen viaje de carbón.

Vencida la actividad del descanso por las leyes, allí en su proximidad relativa libertad disfrutaba el par de bueyes; y hasta el mismo carretero reforzábbase prudente, con un almuerzo decente, que engullía placentero con apetito excelente.

Raro contraste formando, por la ancha calle vecina

asomó un lego, avanzando
meditabundo, pensando
quizá en la gloria divina;
y para ganar el Cielo,
mezclando en las reflexiones
de su piadoso desvelo
el edificante celo
del rezo, en cien oraciones.

Embelesado el novicio
con su ascético ejercicio
de pasar cuentas y cruces,
como de costumbre ó vicio
dió en el callejón de bruces;
y al hallar casi cerrado
el camino acostumbrado
para llegar al convento,
detúvose contrariado
el buen hermano un momento.

El hombre que descansaba
junto al transporte taurino
y el estómago llenaba,
vió que el lego se inclinaba
á echar por otro camino,
y queriéndole evitar
el tener que rodear
hasta el convento cercano,
dijo sin moverse:—Hermano,
sin miedo.... puede pasar;
mas á éste no convenció
la advertencia, y prosiguió
con sus escamas y apuros,
y el carretero insistió
al notarlo:—Son seguros.

Pareciendo al religioso
el caso ya bochornoso
al despreciar tal franqueza,
sacó fuerzas de flaqueza,
y harto inquieto y receloso,
entró por el callejón
andando casi de punta,
y con la respiración
ahogada, porque atención
no pusiese en él la yunta;
pero el deseo vehemente
de salvar el entredicho
fué tan contraproducente
para el pobre penitente,
que tropezó con un bicho.

Y sucedió por su mal,
que alterándose la ley
en este caso especial,
la mansedumbre del huey
trocóse en ira formal,
y volviéndose ligero,
con propósito guerrero
de vengar aquel insulto,
se arrancó terrible y fiero
del buen fraile sobre el bulto.

Calmar al buey irritado
no era tan fácil empeño,
y aunque por fin aquietado
quedó á las voces del dueño,
dejó al lego mal parado;

y aún reprochó sus apuros
diciendo, en conceptos duros,
el amo, y con risa tosea:
—¡Ya dije que eran seguros!
¡Se arrancan tras una mosca!...

A cuya barbaridad
repuso con humildad,
eaminando hacia el convento,
el pobre hermano del cuento:
—¡Vaya una seguridad!

MARIANO DEL TODO.

EL IMPERIO DEL CAPRICHIO

A mi querido amigo el excelente
cronista taurino

D. Francisco Marqués

BARCELONA

Convencidos de que ningún resultado práctico hemos de obtener al formular la protesta á que este artículo se encamina, sino que, por el contrario, será desoida por las personas competentes llamadas á evitar los escándalos á que la misma protesta se refiere, nos creemos, sin embargo, obligados á consignarla en cumplimiento del deber que nos impone nuestra penosa misión.

Halagados, en su virtud, por la satisfacción que nos inspira tan sana teoría, vamos á ocuparnos, con absoluta imparcialidad, del alboroto acaecido durante la corrida verificada en nuestro circo el 29 del mez próximo pasado, permitiéndonos después emitir nuestra humilde opinión, que desde luégo, incondicionalmente, sometemos á otra más ilustrada.

Llegada la hora de banderillar el sexto toro de dicha corrida, el público, ó mejor dicho, su inmensa mayoría, pidió que pareasen los matadores. Consecuente Mazzantini, que era el primer espada, con el deseo de los peticionarios, tomó los palos, y con la finura y galantería que los son peculiares, los cedió á *Guerrita* y al *Espartero*. Este entró en primer lugar, y colocó un palo. Sigue *Guerrita* con los suyos, y hace una pasada de adorno y de mucho efecto, que conquista una ovación ruidosa, si bien tuvo el disgusto de escuchar un corto número de pitos, que fueron ahogados por una segunda cosecha de aplausos nutridos; y no obstante esta espontánea manifestación de agrado y simpatía, en són de protesta contra aquella otra de desagrado, *Guerrita*, más bien que herido en su amor propio, aparentando una susceptibilidad exajerada, y que en realidad sólo puede calificarse de refinada soberbia, hace alarde de una potestad omnímoda, de que carece, y con insultante descaro clava las banderillas en el suelo y se retira al estribo de la barrera. Mazzantini y *Espartero* imitan la conducta de *Guerra*, en medio de un escándalo tremendo, y finaliza el tercio con dos pares que prenden los peones de turno.

Estos son los hechos, relatados tal y como efectivamente acontecieron, y que pasamos á comentar sin género alguno de prevenciones.

Como tesis general, sostenemos el criterio de que los espadas jamás deben poner banderillas, ni á petición del público ni mucho menos por propia iniciativa. Proceder de otro modo, sólo constituye una infracción arbitraria del pacto solemne consignado en el cartel, al que hoy que admitir como el contrato que la Empresa celebra con el público, representado por nuestra primera

autoridad civil, que le presta su indispensable aprobación; asunto magistralmente tratado por un periódico taurino de esta localidad. Si los presidentes prescindieran de mal entendidas tolerancias y no redujeran á mera fórmula el cartel que, para velar por su cumplimiento, tienen á la vista durante la corrida, haciendo limitar á los lidiadores á sus respectivos círculos de acción, prohibiendo y severamente castigando todas las extralimitaciones que se cometen, es indudable que se habrían evitado, de un modo radical, alborotos de la índole del que nos ocupamos, é imperaría, por consiguiente, el gran regulador del derecho, de cuya falta de cumplimiento nace la anarquía, originaria de semejantes algaradas, que tan mal parado dejan siempre el principio de autoridad.

Pero, desgraciadamente, la inacción de las autoridades ha dejado ancho campo á los diestros y empresarios para que cada cual se conduzca como mejor cuadre á sus caprichos, aunque estos redunden, como siempre sucede, en perjuicio del factor más respetable y esencial de la fiesta; en perjuicio del público.

Aceptando, siquiera sea por despótica imposición, las reprochables y nunca bastante censuradas corruptelas, mañosamente introducidas en el arte del toreo, y discurrendo con la lógica que es compatible para conceder derechos dentro de la anarquía, que constituye la negación del Derecho mismo, pasamos á comentar el alboroto producido en la corrida del segundo día de feria.

Es ciertamente sensible para nosotros que el principio de justicia nos obligue á declarar responsable de todo lo ocurrido á Rafael Guerra, eminente figura que consideramos como el más sólido puntal sobre que gravita el maltrecho edificio de la tauromaquia. Pero hay que rendir tributo á la verdad en el presente caso, sin que por ello puedan entenderse menoscabados, en lo más mínimo, los méritos indiscutibles que atesora torero y espada de tan remontados vuelos.

Y vamos al asunto.

Desde luégo hay que convenir en que los tres matadores, al acceder á los deseos del público, contrajeron *ipso facto* la obligación de banderillar, como en efecto lo hizo el *Espartero*, á quien se otorgó los honores de la primacía.

Ahora bien; ¿qué razones tuvo *Guerrita* para evadirse del compromiso mancomunadamente contraído? ¿Se fundó en la silba que escuchó de un reducido grupo de descontentos?

¡Craso error, Rafael Guerra!

Una vez aceptado por este diestro el requerimiento del público, jamás debió retroceder, sino cumplir con el deber que espontáneamente se impuso, desoyendo toda manifestación de desagrado; en cuyo caso, Mazzantini y *Espartero* no se hubieran visto obligados, por espíritu de compañerismo, á imitar su manera de proceder, y á hacerse acreedores á las censuras que sólo á *Guerrita* eran imputables.

¿Puede un espada prescindir de matar á un toro, porque, con ocasión del trabajo de muleta, sea silbado? Nó; puesto que tiene el deber ineludible de matar. Pues bien; del mismo modo, al tomar los palos, á instancias del público, contrae un deber tan indeclinable de banderillar, como el que cumple operando en el último tercio.

¿Que no tiene obligación de poner banderillas? Tan no la tiene, que no le concedemos ni derecho para ello. Pero la petición del público y la condescendencia del espada suponen el súbito nacimiento de una obligación solemne contraída *in voce* por parte del diestro, que ya no le es lícito eludir sin comprometer su seriedad y provocar las iras justificadas de un público burlado.

Deben tener en cuenta los matadores que el público tiene derecho lo mismo para aplaudir que para silbar, y mucho más para esto último cuando, como en el caso concreto á que nos referimos, se trata de una usurpación de atribuciones á los banderilleros por parte de los matadores; usurpación cometida al amparo de la inacción lamentable de las autoridades, que parecen contagiadas con la arbitrariedad que sirve de régimen á las Empresas.

Poreso entendemos, dada ya nuestra pobre opinión sobre el asunto, y volviendo á nuestra argumentación primitiva, que el medio más eficaz para concluir de una vez con las anomalías enunciadas, no es otro que el de restablecer en las corridas de toros el imperio del Derecho, cesando así la anarquía y anulando, por tanto, EL IMPERIO DEL CAPRICHIO.

MANUEL GASSÍN Y MARÍN.

REJONCILLOS

Cuando ponen á un toro
pares de fuego,
más que á la res, le escuecen
al ganadero.

Vallina me dijo ayer:
—De todas las del toreo
la que jamás puedo hacer
es la suerte del galleo.
Yo le he visto torear
y comprendo que Vallina
no se atreve á gallear
porque es un poco gallina.

No faltarían maestros
si hubiera en los que trabajan
un poquito más de arte
y un poco menos *jindama*.

Torerito de mi vida,
si tienes miedo á los cuernos,
mientras viva tu mujer
no te mires al espejo.

ANTONIO GALIANA
(Tabardillo)

Barcelona, 1892.





Un programa incompleto

Lo es, sin duda alguna, el de festejos presentado por el Excmo. Ayuntamiento con motivo del Centenario del descubrimiento de América por Colón y la venida á esta Capital de S. S. M. M.

Apenas se concibe que en Sevilla se organicen fiestas sin incluir entre ellas, como la más típica, una ó más corridas de toros. Nunca, ni en mejor ocasión, ha podido el Excmo. Ayuntamiento organizar una corrida digna de Sevilla y de nuestro circo.

Hubiera podido adquirir toros escogidos de la más acreditada ganadería; influir, todo lo que puede, para que el maestro *Lagartijo*, olvidando resentimientos injustificados ya por lo añejos, tomara parte en ella en unión de otros celebrados diestros; traer caballeros en plaza; adornar espléndidamente el circo; procurar que las bandas de la guarnición hubieran, con una hora de anticipación, interpretado en el redondel lo más escogido de su repertorio, y que el despejo de aquél, hecho por las evoluciones de nuestra brillante infantería, fuera digno coronamiento de esa fiesta nacional por excelencia.

Aparte de las muchísimas razones que podríamos exponer en apoyo de nuestra idea, se nos ocurre una que, por su virtualidad, se basta y sobra para que hubieran pensado nuestros ediles en aquella fiesta.

Iniciada por el Ayuntamiento, y no por ninguna Empresa especuladora, y con precios equitativos las localidades, los productos de ella, que no hubieran sido pocos, contando como seguro un lleno, vendrían á acrecentar la cantidad destinada á ejercer la caridad y aquello mismo que dió á la fiesta esplendor y regocijó el ánimo de muchos por algunas horas, serviría para dar vida á bastantes hogares y para enjugar muchas lágrimas.

Todo lo que se lleve al fondo de la caridad es poco. En Sevilla, por desgracia, gimen una porción de familias bajo el peso de la más espantosa miseria. Ahí están para demostrarlo esas mal llamadas casas de vecindad, que no son otra cosa que miserables zahurdas, impropias de seres humanos, en donde hacinados y envueltos en la desgracia carecen de lo más preciso hombres, mujeres é infelices niños.


Y, en otro orden de ideas, el Ayuntamiento ó la comisión organizadora, ha debido tener en cuenta, mirando por los intereses del comercio y de la industria, que hay muchas personas que vendrían gustosas á Sevilla á presenciar una lucida corrida de toros y que no vienen para asis-

tir á certámenes literarios, ni funciones de gala ni todas esas fiestas, puramente oficiales, en donde si se derrocha dinero para satisfacer la vanidad de los menos, maldito lo que le importa á los más.

No hay que darle vueltas; en esta ocasión, como en muchas, los encargados de festejos no se acuerdan más que de los que les acomodan; bien es verdad que es preferible que hayan prescindido de aquella fiesta, á que la hubiesen anunciado y después sucediera lo que con la iluminación de los nuevos jardines en la noche del segundo día de Feria; que á última hora no había..... ¡ni aun jardines!

Se nos ocurre, para concluir, una duda: ¿Habrán omitido nuestros ediles el organizar la corrida, porque siendo función presenciada por S. S. M. M. y presidida por el Gobernador, no pudieran ellos presidirla y romper chalecos por lo *finchados*, como algunos presidentes? Acaso sí. ¡Son mucho nuestros ediles!

PEDRO DIEZ DE LA CORTINA



Bonarillo

Conquistando palmadas por doquiera
por su mucho saber y su frescura
y burlando del bicho la bravura
sin temor de que aqueste le cogiera,

Poco tiempo tardó la España entera
en premiar de este diestro la finura
y alcanzó de doctor la investidura
pretendiendo ascender en su carrera.

No se puede negar que Bonarillo
conoce de la res las condiciones
y mata lo que sale del chiquero.

Trabaja de verdad, siendo un chiquillo,
y siguiendo arrimado á los pitones
proclamado será por gran torero.

Cádiz, 1892.

F. P. H.



JUICIO DE LA PRENSA

De *A Trincheira*:

«El Arte Taurino

E' o titulo de um novo semanario taumachico que acaba de sahir em Sevilha. E' illustrado com uma phototypia. Está muito bem redigido, e a parte material é um primor typographico.

Saudamos o novo collega, e desejamos-lhe prospera vida.



APLAUSOS Y VAPULEOS

Nuestro querido compañero en la prensa y particular amigo D. Aurelio Gali y Lassaletta ha tenido la atención de remitirnos un ejemplar de su última producción.

Se titula *Historia de Itálica*, y contiene infinidad de curiosísimos datos acerca del Monasterio de San Isidro del Campo, sepulcro de Guzmán el Bueno, Anfiteatro, etc.

Nosotros, que conocemos las muchas dificultades que ha tenido que vencer el Sr. Gali para presentar al público tan utilísima obra, no podemos por menos de prodigarle una merecida ovación.

Y concederle la oreja.
(Digo, las gracias.)

¡A LOS TOROS!

Lidian hoy Lagartijo y el Frascuelo
Que llevan su bravura por coraza:
¿Quién de la ardiente y española raza
Se queda en el café, como un abuelo?

Altos balcones, retumbante suelo
De las abiertas calles embaraza
La alegre multitud; ¡voy á la plaza!
¡Qué hermoso está Madrid! ¡Qué azul el cielo!

Colúmpianse los ómnibus, y un coro
Ya en la henchida rotonda con la idea
De patria y libertad rompe sonoro;

¡Y en rodante landó que bambolea,
Del sol prendida en las madejas de oro,
La cuadrilla, pasando, centellea!

ENRIQUE FÚNES.

Para despedida de la Empresa Muñoz se organiza una corrida de toros, lidiándose reses de Veragua por los espadas Espartero y Guerrita.

En la corrida celebrada en Ubeda el 4 del actual el ganado resultó propio para carretas, y los espadas Guerrita y Reverte fueron obsequiados con muchas palmas.

En la plaza de toros de Yecla se lidiarán, el día 25 del actual, toros de la ganadería de Arroyo (del Colmenar) por las cuadrillas del Ecijano, Fabrilo y Minuto.

ENTRETENIMIENTOS Y CURIOSIDADES

Toros célebres.

Primoroso, negro meano.—Del Excmo. Sr. D. Antonio Miura. Se lidió en Madrid, en cuarto lugar, el 12 de Octubre de 1879.

Lastimó al picador Cangro y cogió al pasar de muleta al matador Frascuelo, causándole la fractura del brazo izquierdo por su parte superior, espina de la escápula del mismo lado y congestión pulmonar.

Felipe García despachó á la res.

Pajarito, de Arias de Saavedra.

Se lidió en Málaga el 16 de Agosto de 1840. Lo calificó Montes de excepcional por sus condiciones. Mató seis caba-

llos y sólo le pudo colocar una banderilla el Chiclanero. Lo mató Montes de un golletazo á la media vuelta, sin pasarlo de muleta.

Peregrino, de D. Vicente Martínez.

Se lidió en Madrid, en cuarto lugar, el día 7 de Junio de 1869 y ocasionó al espada Antonio Sánchez (Tato) una herida en la pierna derecha, de tres centímetros de profundidad y cuatro de longitud, á consecuencia de la cual hubo necesidad de amputársela.

Murió á manos de Lagartijo.

Pavito, berrendo en colorao, botinero y gacho.

Tomó ocho puyazos y fué adornado con dos pares de banderillas, y el Cano, después de una brega superior, entró tan de cerca, que fué cogido por un muslo.

El Chiclanero coleó al animal; ¡pero ya era tarde! La coronada era de muerte.

Peluquero, lidiado en Madrid el 13 de Noviembre de 1879 en la corrida extraordinaria organizada por la sociedad el «Gran Pensamiento».

Cogió á Frascuelo, causándole una herida en la parte izquierda é inferior del vientre con fractura de la sexta, séptima y octava costillas del mismo lado y pleuroneumanía traumática.

Parrao, del Marqués viudo de Salas.

Lidiado en Madrid (estreno de ganadería) el 4 de Julio de 1875. Hirió gravemente á Angel Pastor.

Charada.

Letra, verbo y nota;
si lo miras al revés
el apellido denota
de un diestro que bravo es.

CORREO



TAURINO

D. A. G. Barcelona.—Servido. De M. de las C. no sé nada; hace tiempo que desapareció de ésta.

D. M. A. Barcelona.—Mandé todos los números; se perderían en correo. Van de nuevo.

D. E. B. C. Zaragoza.—Remito lo que desea.

D. A. T. Valencia.—No está mal pensado. Veremos...

D. E. Ll. Valencia.—Recibida letra.

D. J. F. de la C.—San Fernando.—Id. id.

Mr. Parent, Nimes.—Acceptée votre proposition.

El Arte Taurino

Se publicará semanalmente.—No se admiten suscripciones dentro de la localidad.

Fuera de Sevilla, 0'75 al mes, acompañando al pedido el importe en sellos de correos.

En el extranjero, una peseta al mes.

A los corresponsales de venta, 2'50 pesetas la mano de 25 ejemplares. No se servirá ningún pedido sin tener satisfecho el anterior.

Los números atrasados pueden adquirirse en la calle Manteros 19, al precio de 0'25 el ejemplar.

Redacción, Imperial 3, Sevilla.

Tipografía y Encuadernación de Enrique Bergali
Sierpes 104 y Manteros 19